

TEMAS DOCENTES

LA ENSEÑANZA EN GUINEA

LANZADOS a toda velocidad en el cómodo «baquet» de nuestra camioneta oficial, vamos devorando los kilómetros que nos separan de Ebebiyín, cuando, al pasar por un pequeño poblado, un tropel de chiquillos «morenos», ágiles como felinos, con ojos negros y vivísimos, ligeramente vestidos —tan ligeramente que dejan al descubierto su ombligo, bastante abultado—, corren vertiginosamente hacia la carretera y, al llegar a ella, se paran en seco, colocándose a lo largo de la misma, y prorrumpen en gritos de salutación y de alegría. No nos detenemos, aunque el susto del conductor ha sido enorme, al imaginarse que los pequeños podían haberse decidido a atravesar el camino. Nosotros echamos de menos el disco de las grandes urbes, anunciador de que se halla próxima una Escuela, con la silueta característica, en negro sobre fondo blanco, de unos niños cogidos de la mano... Pero, en seguida reaccionamos y advertimos que nos hallamos en plena África Ecuatorial, justamente en el paralelo 2° de latitud septentrional; viajamos por la pista que conduce de Bata —capital de nuestra Guinea Continental— a Ebebiyín, poblado contiguo a la frontera con el Camerón, colonia alemana, que se halla, *por ahora*, bajo Mandato francés desde el Tratado de Versalles. Pueden alcanzarse en ella velocidades superiores a los 100 kilómetros por hora, gracias al perfecto estado de conservación en que se halla, por lo que ha merecido de una personalidad extranjera, que acaba de visitarla, el calificativo de «la mejor carretera de toda la Zona Tórrida».

Vamos en la parte delantera de la camioneta el conductor «mo-

reno» —eufemismo con que denominamos a los indígenas de aquellas latitudes, para no herir su vidriosa susceptibilidad en este punto—, el Inspector interino de Enseñanza y yo. En la parte posterior —y descubierta— del vehículo viajan nuestros «boys» o criados, a los que se ha añadido algún «contriman» o paisano, que llevaba el mismo camino, sentados en nuestras maletas de hierro o en las cajas de gasolina que llevamos de repuesto, mil veces más seguras que los surtidores europeos, sobre todo, en los tiempos que corremos...

Salimos a media mañana de Bata en la camioneta oficial, que el Subgobierno de la Guinea Continental puso amablemente a nuestra disposición para este viaje de inspección. Recorrimos velozmente los primeros veinte kilómetros por entre fincas de café y poblados indígenas bastante aseados; se disminuyó la marcha al subir las empinadas cuestas del Monte Bata; atravesamos algunos parajes solitarios, sin divisar finca alguna, en los que el bosque virgen se extendía a un lado y a otro de la carretera, con su paisaje umbrío y solemne, con sus corpulentos árboles, entrelazados por las serpentinatas de innumerables lianas, descollando al fondo las airoas cúpulas de los «rascacielos» de la selva: las ceibas; pero sin tropezar, desde luego, ningún animal salvaje, que, caso de encontrarse por allí cerca, habría huído al escuchar el ruido —tan poco cadencioso y tropical— del motor del automóvil y llegamos al kilómetro 60, donde se levanta la «importante» población de Niefang —capital de la demarcación territorial del mismo nombre—, en la cual residen un Oficial de la Guardia Colonial, dos o tres finqueros blancos, alguno de ellos propietario de una factoría —pequeño almacén, en donde se encuentra «de todo»—, y la fuerza militar, compuesta de uno o dos Instructores europeos, procedentes de la Guardia Civil, y 15 a 20 guardias «morenos».

Después de un breve descanso, que utilizamos para saludar a los pocos habitantes blancos de Niefang —los cuales nos recibieron con la característica amabilidad del auténtico colonial—, reanudamos el viaje, llegando a Mikomeseng —capital de otra demarcación territorial— a la hora de comer. Se halla instalada en esta futura ciu-

dad la fonda más original del mundo; se la conoce generalmente con el nombre de «Fonda de la Paz», en honor al apellido de su dueño —hombre de edad avanzada, corto de talla, enjuto, de aspecto enfermizo, voz tenue y mirada bondadosa—, el cual proporciona al viandante todos los manjares que posee, con el único deseo de que quede completamente satisfecho del trato recibido. ¡Ah! ¡Pero en el momento de pagar, ahí es ella! A la castiza interrogante ¿qué se debe?, el señor La Paz se excusa de cobrar; dice que no se debe nada, que no se preocupe el señor, que otro día lo abonará... ¡Como si los que vamos de Fernando Poo a visitar el Continente, pasáramos a todas horas por Mikomeseng!

Al insistir nosotros en el afán sincero de saldar la cuenta del banquete recibido, y después de asegurarnos con una rápida ojeada que no hay en el establecimiento ningún amigo que quiera abonarla por nosotros, el hostelero, con ánimo de concordia, razona:

—¿No van ustedes a Ebebiyín? Pues bien, para volver a Bata no hay más que esta carretera; así que al bajar lo pagan.

—¿Y si pasamos por aquí de noche?—argüimos nosotros.

—Pues es lo mismo; a otro viaje se lo cobrará—responde sin inmutarse el señor La Paz.

(Otro viaje que, a lo mejor, es a los seis meses o a la otra campaña.) En fin, que después de organizar una discusión para que nos cobre —único momento en que el hostelero no honra su apellido (ni su profesión)—, cede a nuestro deseo, llevado de su ánimo tranquilo, enemigo de toda violencia, incapaz de oponerse a nada ni de exigirlo, y nos señala un precio a todas luces irrisorio. Lo pagamos, convencidos de que ha perdido dinero al saciar tan cumplidamente nuestro apetito (en efecto, y por referencias fidedignas nos enteramos después que nuestro espléndido fondista se está arruinando con este negocio, en el cual invierte los pocos ahorros conseguidos durante toda su vida de finquero hourado), y montamos nuevamente en nuestro «Chevrolet» para, después de haber recorrido cerca de 250 kilómetros en el día por el interior del Africa, llegar cómodamente, antes de cerrar la noche —y de sobra es conocido

que en aquellas latitudes el crepúsculo prácticamente no existe—, a nuestro punto de destino: Ebebiyín, donde pernoctaremos.

Todo este recorrido lo he aprovechado para dialogar con mi compañero de viaje, mejor dicho, para escuchar el monólogo del Inspector interino de Enseñanza, que me ha explicado sucintamente cómo se halla ésta organizada en nuestros territorios del Golfo de Guinea.

Existe, por una parte, la Enseñanza oficial, la del Estado, que constituye un Servicio Colonial, cuyo Jefe ha de ser un funcionario perteneciente al Cuerpo de Inspectores de Enseñanza de la Metrópoli —cargo que, por cierto, se halla actualmente vacante al quedar desierto el concurso anunciado para su provisión, a pesar de la labor tan personal y relevante que podría llevar a cabo el que, acuciado por una efectiva vocación imperial y misionera, se decidiera a solicitarlo—, y al lado de aquélla se desenvuelve, pujante, la Enseñanza oficial —si bien subvencionada por el Estado, con cargo al Presupuesto Colonial—, que se halla a cargo de los PP. Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María y de las Religiosas Concepcionistas.

En Santa Isabel de Fernando Poo —capital de la Colonia— existen los siguientes establecimientos de Enseñanza: el Instituto Colonial de Indígenas, dedicado a la Segunda Enseñanza, tanto de niños europeos como nativos de nuestros territorios; una especie de Escuela Normal, dirigida por un Maestro perteneciente al Escalafón metropolitano, donde se prepara y educa con todo esmero al Magisterio indígena no titulado para la fundamental labor de extender hasta el poblado más lejano la lengua y cultura patrias; funcionan, por otra parte, una Escuela Graduada de niños y otra de niñas, dirigidas por Profesores de ambos sexos, que cuentan con más de cuatro años de servicios en la Península; una Escuela Práctica de Oficios, en la que, por personal europeo especializado, se les enseñan los de albañil, carpintero, mecánico, fontanero y pintor. Además, funcionarios de las distintas ramas de la Administración Colonial explican a los indígenas más destacados cursos de enseñanza sani-

taria, agrícola, administrativa, etc., que les servirá después para colocarse, al servicio del Estado, como enfermeros, capataces de cultivo, auxiliares de oficinas, etc.

Por lo que respecta a la Enseñanza no oficial, los PP. Misioneros pertenecientes a la Congregación fundada el siglo pasado por el español venerable P. Antonio María Claret, poseen en la parte más céntrica de Santa Isabel un hermoso edificio, dedicado tanto a la enseñanza primaria como a la profesional, teniendo en perfecto funcionamiento talleres de imprenta, sastrería, zapatería, etc., que, dirigidos por beneméritos Hermanos de la mencionada Orden, al mismo tiempo que enseñan a los nativos el aprendizaje de estos oficios, sirven para atender cumplidamente las necesidades de la población.

Con parejo entusiasmo e igual perseverancia —la duración de las campañas de los Misioneros de ambos sexos se cuenta por lustros—, las Madres Concepcionistas laboran en aquellas apartadas tierras (que tienen fama de insalubres, sobre todo para la mujer europea, aunque la realidad no se halle en perfecta consonancia con la leyenda «negra» que de ellas se ha formado), con el fin de iluminar la mente ingenua de aquellas almas simples con la luz de la Fe, fortalecer su voluntad abúlica con las normas rectas de la Moral cristiana y, al mismo tiempo, hacerles pensar, sentir y rezar en español. Para ello han montado en la capital de la Colonia un espléndido internado para las niñas de indígenas de familias acomodadas, y junto a él, Escuelas gratuitas de Enseñanza primaria y para el hogar, con clases prácticas de lavado y planchado, costura y confección, arte culinario, etc. La labor meritísima que desarrollan tanto los PP. Misioneros como las Madres Concepcionistas, en sus varios aspectos: religioso, cultural, de asistencia a los enfermos, etc., es digna de ser explanada en un artículo aparte.

Además de los establecimientos mencionados de Enseñanza oficial y no oficial existentes en Santa Isabel, funcionan Escuelas Graduadas de ambos sexos en el poblado de Laka o Santiago de Baney (Isla) y en Bata (Continente); Escuelas dirigidas por Maestros europeos en San Carlos y Rebola y por Profesores indígenas no ti-

tulados en las restantes capitales de demarcación territorial y poblados más importantes, en número de cincuenta.

Como dato curioso debo consignar que actualmente ejercen su profesión en Guinea una Maestra y dos Maestros de raza de color, con título profesional adquirido en las Normales de la Metròpoli.

Los PP. Misioneros, aparte de la Misión de Santa Isabel y del Seminario de Banapá —del que ya han salido algunos sacerdotes indígenas—, poseen Centros de enseñanza primaria en Batete, Concepción y San Carlos (Isla) y en Bata, Benito, Koko, N'kue, Evinayong (Guinea Continental) y, por último, en la pequeña Isla de Annobón —único pedazo de tierra del hemisferio austral en que se iza, soberana, nuestra bandera—, mientras que las Madres Concepcionistas, llegadas más recientemente a la Colonia, solamente los tienen en Basilé, Batete, Bata, N'kue y Evinayong.

En cuanto a los problemas planteados en materia de Enseñanza, los más importantes son: Falta de asistencia a la Escuela, a pesar de su obligatoriedad, por culpa de inconstancia en los pequeños y de abandono en los mayores —padres o tutores—, lo cual se trata de corregir por medio de la Ordenanza promulgada en 1º de marzo de 1940 por el Gobierno General de aquellos territorios, que implantó el uso de la «tarjeta escolar»; por otra parte, falta de orientación pedagógica en el Magisterio indígena, que se combate con la publicación de una Revista profesional titulada «Letras», dirigida por la Inspección de Enseñanza, que así consigue tener un contacto frecuente con sus subordinados, esparcidos por toda la Colonia, y, además, organizando cursillos de orientación técnica en Santa Isabel y en Bata, a los que asisten aquéllos durante los meses de diciembre y febrero —estación seca, equivalente a nuestro verano—, y por último, falta de locales apropiados, cuya deficiencia tiende a desaparecer rápidamente, gracias al impulso enorme que el Gobierno General del Nuevo Estado ha sabido imprimir a estas construcciones, creando tres tipos diferentes de «edificios-escuelas», de acuerdo con las necesidades locales, a saber. Tipo rural, para los poblados indí-

genas; tipo urbano, para las capitales de demarcación territorial, y Grupo Escolar, para Santa Isabel y Bata.

Esta es la organización actual de la Enseñanza en nuestra Guinea, los perfiles externos de la obra comenzada. Queda, desde luego, mucho que hacer —me dice mi interlocutor—. Si a la vuelta de Ebebiyín desea acompañarme a visitar algunas Escuelas del interior, se dará perfecta cuenta del camino que falta por recorrer. Por ello es preciso, como el pater-familias de la parábola evangélica, salir a la plaza pública a buscar trabajadores para su viña, pero obreros hábiles, con espíritu misional, con grandeza de miras, no con pensamientos bastardos, ni egoísmo exagerado, ni afán de rápido enriquecimiento. España se ha despertado nuevamente con ansias de Imperio, y desde el punto de vista espiritual, la Enseñanza es uno de los pilares fundamentales. Hemos de trabajar con tesón y entusiasmo en nuestra —ahora pequeña— Colonia, para que pueda servir de modelo y de argumento en reivindicaciones próximas. Que no hay legítimo derecho a exigir nuevas tierras, si no se demuestra claramente la insuficiencia de las que se poseen, habida cuenta de la desproporción existente entre el territorio actualmente dominado y la masa de opinión metropolitana, que se interesa de una manera efectiva y acuciante por los problemas coloniales.

FRANCISCO MARTOS AVILA

JUEZ DE 1.ª INSTANCIA DE LOS TERRITORIOS
ESPAÑOLES DEL GOLFO DE GUINEA

LA Patria es una unidad total, en que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir; y nosotros lo que queremos es que el movimiento de este día y el estado que cree, sea el instrumento eficaz, autoritario, al servicio de una unidad indiscutible, de esa unidad permanente, de esa unidad irrevocable que se llama Patria. JOSÉ ANTONIO

(Del discurso pronunciado en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el día 29 de octubre de 1933.)